

INTERVENCIÓN HOMENAJE
50 AÑOS DE TEATRO
MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO

¡Qué vueltas da la vida!

Es muy cierto que es imprevisible, sorpresiva y llena de asombros que nos ofrece a cada vuelta del camino...

Hace escasos cuatro años, el Senado de la República me negaba, en primera instancia, la nacionalidad por gracia, solicitada, por el Presidente de entonces, don Eduardo Frei Ruiz Tagle, por las mismísimas razones por las cuales hoy se me rinde este homenaje en la Municipalidad de Santiago.

No está en mi ánimo recordar esos momentos ni menos referirme a ellos con un dejo de rencor o amargura. Por el contrario, me parece llegado el momento de considerarlos como un hito más de mi recorrido por los caminos del arte, que comenzaron al otro lado del mar océano y que vinieron a concluir, por mientras, en este rincón del planeta, entre los avatares de este pueblo que hoy puedo llamar mío con toda propiedad.

Mi hoja biográfica está salpicada de momentos diversos, de luz y de sombras, de dolores, alegrías, sufrimientos y goces. Allí están grabadas las experiencias más formadoras de mi visión de mundo: la guerra, el hambre, el arte, la dictadura, la muerte de amigos entrañables, la de mis padres, las nuevas vidas de mis hijos, de mis nietos y de mis bisnietos. También lo que significa para mí ser un inmigrante más que, en el lejano 1948 del otro siglo, desembarcó en este fin del mundo con todos sus jóvenes sueños a cuesta, acompañado de sus padres y sus dos hermanos, último de una familia de artistas que, en un acto de audacia sin límites, se atrevieron a iniciar, en Chile, una ola de importaciones no tradicionales.

Sí, se trataba nada menos de traer a estas lejanas tierras la esperanza de vivir en paz, ejercitando la antigua y siempre nueva profesión de la creación de belleza. No traíamos capitales o recursos económicos sobre los cuales construir un futuro, sino que una suerte de caja de Pandora, repleta de sueños y de imágenes que se habían negado a desaparecer en el tráfigo de la segunda gran guerra.

Queríamos iniciar un nuevo camino, marcado por el desgarró de la separación de las primeras raíces y tratar de criar otras en otra tierra.

La unión familiar fue el eje sobre el cual se construyó la resistencia y el empuje para construirnos una existencia digna, lejos de nuestra patria. Decidimos, unidos, no claudicar en nuestra vocación de artistas y abrimos paso a golpes de imaginación y creatividad.

Cada uno traía en su mochila sus propios anhelos, nacidos al amparo de diferentes vocaciones: pintura, arquitectura, teatro y una bendita curiosidad que nos permitía incursionar en un amplio abanico de disciplinas y técnicas artísticas.

Han pasado ya largos cincuenta y tres años desde aquel 22 de julio de 1948. Muchas idas y vueltas ha sufrido nuestro transitar por los caminos del arte

Por mi parte, venía con la convicción de seguir en el camino del teatro. Ya estaba decidido. Tenía a mi haber los conocimientos adquiridos en la escuela de Escenografía y la incipiente amistad con Fernando Debesa, uno de los fundadores del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Lo habíamos conocido en Roma, un par de años antes de nuestra partida, presentado por un compañero de curso que sabía de nuestro inminente viaje a Chile.

Él es en cierta medida el responsable de mis comienzos teatrales como escenógrafo profesional. Con una generosidad sin límites, me convidó a integrarme al Teatro de Ensayo, que recién cumplía seis años de existencia. Es bastante sugestivo el hecho de que mi primer trabajo fuera precisamente la escenografía de "La invitación al castillo" de Jean Anouihl que se estrenó en el Teatro Municipal, el 11 de agosto de 1951. Allí también Eugenio Dittborn, distinguido abogado hasta la fecha, se iniciaba en las lides de la actuación por primera vez.

Pintura, teatro, cine, docencia, hasta incursiones en la gestión cultural como en el Canal 13 de la U.C. y ahora último en la División de Cultura del Ministerio de Educación.

¿Por qué tantos ires y venires?

No es fácil contestar esta pregunta, sin tomar en cuenta el enorme abanico de capacidades técnicas y artísticas de mi padre.

En su taller, que siempre quiso tener en la casa, nosotros, los tres hermanos di Girólamo, veíamos como daba forma a las más diferentes obras. Ora un cuadro, o el boceto de un mural o de escenografía para teatro o cine, o listas interminables de ilustraciones para la Enciclopedia Italiana.

Todo ello sin solución de continuidad, mezclado con las representaciones de un maravilloso teatro de marionetas, con más de cien muñecos que los tres hijos aprendimos a manejar después de sortear no pocas dificultades. Y a todo eso, agreguen ustedes a mi Madre, así con mayúscula, exponente máxima del matriarcado italiano, mejor conocida en Chile como la “Nonna”.

Columna y eje de la familia, siempre atenta y firme. Una roca sobre la cual descansó siempre la unión familiar, abierta a todos y con un sentido común muy poco común.

Nuestra vida en nuestro nuevo hogar, está llena de acontecimientos y vidas entrelazadas. Nuestra actividad, del brazo de la cultura, tiene inscritos en ella todos los avatares de un largo período de la historia de Chile. Más de cincuenta años compartiendo la cotidianeidad de este país y su gente, tratando de entregar a todos un poco de belleza y de solidaridad.

Cuando rememoro el tiempo pasado, sin duda alguna lo primero que viene a mi mente es la constante preocupación de todos los miembros de mi familia por ser consecuentes con lo que nos habíamos propuesto al dejar nuestra tierra. Ser portadores de paz. Ser estrictos en las exigencias de rigor que nos planteaba nuestro compromiso con el arte y con las mujeres y los hombres que entrarían en contacto con el. Tal como me lo dijo mi padre en un día muy lejano, “Trabajar denodadamente para dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos al nacer.”

He tratado de ser fiel a ese compromiso tácito que nos ha acompañado, a mi hermano Vittorio y a mí en todo nuestro actuar, en las obras de arte como desde las cátedras universitarias.

Respecto a ello, me parece un deber ineludible, hacer pública hoy mi admiración y reconocimiento a la labor docente de mi hermano Vittorio que ha contagiado varias generaciones de discípulos de todas las edades con su pasión, compromiso y entrega al saber, la belleza y la ética. Ha sido y es un verdadero maestro a quién Chile debe mucho más que a mí.

Queridas amigas y queridos amigos, al agradecer al Señor Alcalde, a los Concejales y a todos ustedes su reconocimiento y afecto, quiero renovar mi compromiso con el arte, la cultura y el destino de esta querida tierra que me ha dado la inmensa alegría de poder formar una hermosa familia con Carmen, fiel compañera de toda una vida, con mis hijos, mis nietos y ahora mis nuevos bisnietos que con su nuevísima vida me dicen que es bueno y justo seguir luchando para construir un mundo hermoso y más humano para todos.

Muchas gracias.

Claudio di Girolamo

2 de agosto de 2001